

La Oración de Jonás

¿Es la oración algo natural para usted? ¿Busca a Dios instintivamente durante su día? ¿Acerca de qué ora? Jonás era un hombre extraño. Era un profeta y aun así deseaba “huir de la presencia de Jehová” (1:3, 10). Para su vergüenza, un hombre *pagano* fue quien llamó a Jonás a orar, “¿Qué tienes dormilón? Levántate y clama a tu Dios” (1:6). Más tarde, dentro de un gran pez, Jonás ora de nuevo. El carácter y los temas de esta oración están registrados en el segundo capítulo de este corto libro. ¡Y allí podemos encontrar algunas buenas lecciones!

1. Invoqué en mi angustia... (2:2)

Dentro del caliente, viscoso y oscuro sistema digestivo de un gran pez, Jonás empieza a invocar a Dios. Él ha perdido el control de su vida. Está desesperado. Esta oración marcó el punto de giro en la vida de Jonás. ¿Qué le tiene que pasar para que usted empiece a buscar a Dios con seriedad?

2. Desechado soy... (2:4)

Jonás quería huir de la presencia del Señor. Ahora, dentro del pez, empieza a experimentar cuán horrible es sentirse distante, alejado o desechado de la presencia de Dios. Mientras ora, él escucha, piensa. Empieza a notar la mano de Dios en lo que él está viviendo. La soberanía de Dios deja de ser una idea abstracta y académica. Dios estaba detrás de la tormenta. Aunque los marineros “lo echaron al mar” (1:15), él reconoció que Dios le echó “a lo profundo” (2:3). Cuando usted pasa por una crisis puede sentir que Dios está muy lejos. Pero no lo está. Usted puede pensar que Dios no está interesado en su pequeña vida. Pero Él sí lo está. Nuestro Dios soberano está más cercano, interesado e involucrado en nuestras vidas de lo que nos damos cuenta.

3. Me acordé de Jehová... (2:7)

Cuando Jonás se dio cuenta de que su muerte estaba cerca, se acordó de Dios. Los seres humanos tenemos una tendencia a ser religiosos. Los cristianos no somos la excepción. ¿Está su corazón consagrado a su colección de doctrinas, su ministerio, su iglesia, sus experiencias... o a Dios mismo? La sociedad moderna nos insta a estar siempre corriendo. Nos sobra poco tiempo y energía para reflexionar sobre la dirección en la que estamos corriendo. La vida del rey Nabucodonosor, como la de Jonás, cambiaron para bien cuando se detuvieron y alzaron sus ojos: “yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo, y mi razón me fue devuelta; y bendije al Altísimo” (Daniel 4:34). ¿Es ahora el momento para que usted se detenga y alce sus ojos?

4. Mi oración llegó hasta ti (2:7)

La oración de Jonás está escrita de forma poética en el hebreo. Algunos llaman esta oración un salmo. Los otros tres capítulos en el libro de Jonás son una narrativa normal. Jonás no tenía derecho a la atención de Dios. Él había elegido alejarse de Dios. Aun así él sabía en su

interior que Dios es un “Dios clemente y piadoso” (4:2). Como lo dijo David, “Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios” (Sal 51:17). Jonás sabía que su desesperada oración pidiendo misericordia desde el interior del pez no sería ignorada. Desde las profundidades del mar su oración llegó a “tu santo templo” – una figura de la presencia de Dios. Nunca olvide que nuestras oraciones sinceras en medio de la desesperación siempre llegan al corazón de nuestro Padre.

5. Voz de alabanza... (2:9)

La oración de Jonás es desesperada, es reflexiva, es humilde, pero también está llena de esperanza. Jonás tiene esperanza porque le está pidiendo a un Dios bueno, un Dios que se deleita en expresar su gracia (2:8). El saber que es escuchado mueve a Jonás a dar gracias. La instrucción apostólica es “dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Ts. 5:18). Las personas agradecidas son personas felices. Si solamente mostramos gratitud cuando Dios responde de acuerdo a nuestras expectativas, limitaremos nuestro gozo y felicidad. Jonás empezó a agradecerle a Dios cuando estaba aún dentro del pez. Usted también puede hacerlo.

6. Te ofreceré sacrificios (2:9)

Tan pronto como los marineros echaron a Jonás por la borda, la tempestad en el mar se calmó. “Y temieron aquellos hombres a Jehová con gran temor, y ofrecieron sacrificio a Jehová, e hicieron votos” (1:16). ¿Por qué estos hombres ofrecieron sacrificios al Señor? ¿Estaban agradecidos? ¿Temían el castigo de Dios? La muerte de Cristo es el sacrificio supremo. “ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Rom 8:1). Movidos por *gratitud*, y no por temor, podemos ofrecer a Dios nuestro tiempo, nuestros recursos, nuestra alabanza, nuestras vidas.

7. Pagaré lo que prometí (2:9)

En el momento de nuestra conversión hacemos una promesa. Nos arrepentimos y rendimos nuestra vida a Jesús. Reconocemos que Él nos ha comprado, que nuestra vida le pertenece – “que no sois vuestros” (1 Cor 6:19-20). Es la decisión más grande que podemos tomar. El reto es vivir a la luz de esa promesa. Cuando vivimos experiencias difíciles, podemos sentir deseos de *negociar* con Dios. Pero hacer promesas, juramentos o votos a Dios u a otros seres humanos puede generarnos pesos y problemas adicionales. El Señor Jesús, consciente de nuestra debilidad, nos insta a vivir con sencillez: “Pero yo os digo: No juréis en ninguna manera... Pero sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no” (Mt 5:33-37).

Ore. Él escucha. ¡Y eso es un gran privilegio!

Philip Nunn - Eindhoven, NL – Marzo 2016

Traducido por: Elizabeth León Millán

Source: www.philipnunn.com